

he querido casar hasta que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegri, aguardando su bien ó su mal.

Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin, considerando el valor de los Zegries, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendria por bien lo que ambos hiciesen. El Zegri muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas habló desta suerte: «alto y poderoso rey, suplico á vuestra real Majestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio para que goce dellas, porque sabrá vuestra Majestad que, vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy lo han tenido por bien, y me la han prometido por mujer; por lo que suplico á vuestra Majestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo.» El rey, mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo: «que si era gusto dellos, y la dama queria, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduán ardiendo en enojo é ira, se levantó en pié, y dijo: «señor, á este casamiento que pide el Zegri no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay también prendas que son confirmacion desto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agravarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegri respondió alborotado que Haja no se podía casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defenderia hasta la muerte.

Reduán, que oyó la arrogancia del Zegri, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegries acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduán, Muza y los Abencerrajes fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte á quien mas hablase en el caso, que él determinaria lo que habia de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion: y visto que ya estaban sosegados, fué al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja, y puesto en medio de la sala la dijo que escogiese á Reduán ó el Zegri, ó aquel que mas gusto le diese. La dama, viendo que no podia dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegri, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenia á su Reduán y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado, y á la fe y palabra que habia dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fué con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduán, diciendo: «señor, este quiero por esposo.» El Zegri quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduán, del cual se celebraron aquel dia las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrian y talaban la Vega, y así fué necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos.

El valeroso Muza, como capitán general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadron de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces mas gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron mas de seiscientos moros. En este dia hicieron los caballeros Abencerrajes y Alabeces

grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. También se señaló en este dia Reduán, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen, que era quien mas daño le hacia; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduán, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

#### CAPITULO XIII.

En que se da cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrajes, y muerte dellos.

El último y postrero dia de las fiestas el rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando la mesas habló á todos de aquesta manera: «bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será odiosa la vida, pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que á veces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora pues, que Mahoma nos ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabeis, mis buenos amigos, que los dias pasados traje á la memoria á Reduán, una palabra que me dió de ganarme á Jaen en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos espertos en armas, y que Reduán vaya por general, y demos vista á Jaen, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada dia recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaen, no están seguras Ubeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digais vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduán se levantó, y dijo que él cumpliria su palabra. Muza dijo que daria en tres dias puesta su gente en la Vega. Todos los demás caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirian con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento.

Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduán, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerraje que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moelin, el cual se fué luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celima en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaldías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia dellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pié y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro dias los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y así se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que habia levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas, quiso luego partirse, dando á Reduán el cargo de capitán general de su ejército, de lo cual se alegró Muza por la satisfaccion que de Reduán tenia, é hizo cuenta que él iba por capitán en el ejército; y así salieron por la puerta Elvira con mucho concierto.

La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho orden, y cada una tenia su estandarte diferente. La una parte tenia Muza, y en su compañía iban ciento cincuenta caballeros Abencerrajes, y otros tantos Alabeces

Venegas, todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvaje en campo rojo, que desquijaraba un leon, y en el campo blanco otro salvaje que con un baston deshacia un mundo, y por letra: *todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de armas y caballos, y todos vestian marlotas de escarlata y grana. La segunda cuadrilla era de Zegries, Gomeles y Mazas: esta iba de batalla, no menos rica y pujante que la de Muza, la cual llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegries era de damasco verde y morado, y tenia por divisa una media luna de plata con esta letra: *muy presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsarla*. Era esta cuadrilla de doscientos ochenta caballeros, todos gallardos y bizarros, con aljibas y marlotas de paño tuneci, la mitad verde y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla llevaban los Aldoradines, caballeros muy principales; con estos iban Gazules y Azarques; su estandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa un dragon en campo verde, que con las uñas despedazaba una corona de oro, con una letra que decia: *jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y caballos; serian todos ciento cuarenta. La cuarta cuadrilla era de Almoradis, Marines y Almohades, caballeros estimados: estos llevaban el real pendon de Granada, que era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro por un lado abiertas, y por la abertura parecian los granos rojos que eran hechos de finos rubies; del pezon de la granada salian dos ramos bordados de seda verde con sus hojas y una letra al pié, que decia: *con la corona naci*. En esta cuadrilla iba el rey Chico con mucha compañía de caballeros. Eran muy de ver las galas y riquezas, penachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y penoncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y balistas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la vía de Jaen, mirándole todas las damas de Granada, y mas la reina su madre, y su mujer la reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las torres de Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaen se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduán, bien te acuerdas  
Que me diste la palabra,  
Que me darías á Jaen  
En una noche ganada.  
Reduán, si tú lo cumples,  
Haréte pagar doblada,  
Y si tu no lo cumples,  
Desterrarte he de Granada:  
Echarte he en una frontera,  
Donde no goces tu dama.  
Reduán le respondió:  
Sin demudarse la cara:  
«Si lo dije, no me acuerdo,  
Mas cumpliré mi palabra.»  
Reduán pide mil hombres,  
El rey cinco mil le daba.  
Por esa puerta de Elvira  
Sale muy gran cabalgada:  
Cuánto del hidalgo moro,  
Cuánto de la yegua haya.  
«Cuánta de la lanza en puño,  
Cuánta de la adarga blanca,

Cuánta de marlota verde,  
Cuánta aljiba de escarlata,  
Cuánta pluma y gentileza,  
Cuánto capellor de grana,  
Cuánto bayo borcegal,  
Cuánto raso que se esmalta,  
Cuánto de espuela de oro,  
Cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa,  
Y esperta para batalla.  
En medio de todos ellos  
Va el rey Chico de Granada,  
Mirando las damas moras  
De las torres del Alhambra.  
La reina mora su madre  
Desta manera le habla:  
«Alá te guarde, mi hijo,  
Mahoma vaya en tu guarda,  
Y te vuelva de Jaen  
Libre, sano y con ventaja,  
Y te dé paz con tu tío,  
Señor de Guadix y Baza.»

No fué tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen aviso della por las espías que tenia en aquella ciudad. Otros decian que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huieron de Granada. Otros dicen que la dieron los Abencerrajes ó Alabeces, y esto entiendo que es lo mas cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los moros en su tierra, y así ellos dieron aviso á Baeza, Ubeda, Cazoria y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercebiéron para resistir á los enemigos de Granada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendia la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa; porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de

los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordán y Belmar.

Los caballeros de Jaen salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la puerta andaba el rebato. Salieron de Jaen cuatrocientos hijos-dalgo bien armados; de Ubeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corria la tierra, llevando por caudillo y capitán al obispo don Gonzalo, varon de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Río Frio, y aquí se acometieron, haciendo una brava escaramuza; mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habian roto una cadena que la atravesaba; y aquí fueran los moros vencidos si no fuera por el valor de los caballeros Abencerrajes y Alabeces, que pelearon valerosamente, mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, así vacunos como cabrios, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja.

El rey quedó admirado de ver la repentina prevencion de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traian cuál habia sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaen, le respondieron que habian sido avisados dias habia, y así estaba toda la tierra en arma; lo que fué bastante disculpa para Reduán, sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién habia dado el aviso. Reduán muy bien sabia que Jaen no se podia ganar tan fácilmente; mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos dellos. El rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Aljares, y con él fueron los Zegries y Gomeles: ningun caballero Abencerraje ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato causado de los cristianos que habian entrado en la Vega.

Estando un dia el rey en los Aljares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaen y de los Abencerrajes; y cómo por ellos y por los Alabeces habian ganado grandes despojos. Un caballero Zegri, que era el que tenia el cargo de armar traicion á la reina y á los Abencerrajes, dijo al rey: «si buenos son, señor, los caballeros Abencerrajes, mejores son los caballeros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas.» Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fué muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpetuo, y fama para siempre; y en memoria desta escaramuza se hizo el siguiente romance:

«Muy revuelto anda Jaen,  
Rebato tocan aprisa,  
Porque moros de Granada  
Les van corriendo la tierra.  
Cuatrocientos hijos-dalgo  
Se salen á la pelea;  
Otros tantos han salido  
De Ubeda y de Baeza.  
De Cazoria, y de Quesada,  
También salen dos banderas;  
Todos son hidalgos de honra,  
Y enamorados de veras.  
Todos van juramentados  
De manos de sus doncellas,  
De no volver á Jaen,  
Sin dar moro por empresa;  
Y el que linda dama tiene,  
Cuatro le promete en cuenta.

A la Guardia han llegado,  
Adonde el rebato suena,  
Y junto del Río Frio  
Gran batalla se comienza;  
Mas los moros eran muchos,  
Y hacen grande resistencia,  
Porque los Abencerrajes  
Llevaban la delantera;  
Con ellos los Alabeces,  
Gente muy brava y fiera.  
Mas los valientes cristianos  
Furiosamente pelean,  
De modo que ya los moros  
De la batalla se alejan;  
Mas llevaron cabalgada  
Que vale mucha moneda.  
Con gloria quedó Jaen  
De la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria desta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte: de la una ó de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romance dice así:



Ya replican en Andújar,  
En la Guardia dan rebato;  
Ya se salen de Jaen  
Cuatrocientos hijos-dalgo;  
Y de Ubeda y Baeza  
Se salian otros tantos;  
Todos son manchecos de honra,  
Y los mas enamorados.  
De manos de sus amigos  
Todos van juramentados  
De no volver a Jaen  
Sin dar moro en aguilando;  
Y el que linda amiga tiene,

La promete tres á cuatro.  
Por capitán solo llevan  
Al obispo don Gonzalo.  
Don Pedro da Carvajal  
De aquesta manera ha hablado:  
« Adelante, caballeros,  
Que me llevan el ganado;  
Si de algun villano fuere,  
Ya le hubierades quitado.  
Alguno va entre nosotros  
Que se huelga de mi daño;  
Yo lo digo por aquel,  
Que lleva el roquete blanco.»

Esta suerte va este romance diciendo; pero este y el pasado contienen una cosa en sustancia; y aunque son viejos, es bien traerlos á la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de 1491. Volvamos al rey Chico de Granada que estaba holgándose y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, cuando le dijo el caballero Zegrí, que los caballeros de Jaen eran de mas valor que los Abencerrajes, y pues á su pesar los habian hecho retirar. A lo cual respondió el rey: « Bien estoy con eso; pero si no fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrajes y Alabeces, no tengo duda sino que fuéramos desbaratados; mas ellos pelearon de tal suerte, que salimos á nuestro salvo, sin que nos quitasen la cabalgada del ganado que trajimos y de algunos cautivos.— ¡Oh cuán ciego está vuestra Majestad, dijo el Zegrí, y cómo vuelve por los que son traidores á la real corona! Y es causa la mucha bondad y confianza que vuestra Majestad tiene de este linaje de los Abencerrajes, sin saber la traicion en que andan. Muchos caballeros hay que la han querido decir, y no se atreven ni han osado respecto del buen crédito y posesion en que vuestra Majestad tiene á este linaje; mas aunque no quiera yo lastimar vuestro real pecho con tan afrentosa infamia, no puedo dejar de hacer lo que debo á leal vasallo, y dar aviso de la traicion y alevosia que se comete contra mi rey y señor; y así digo, que no se fie vuestra Majestad de ningun Abencerraje, si no quiere verse desposeido del reino, y muerto violentamente.— El rey dijo: di, amigo, lo que sabes; no me tengas confuso, ni me lo celes ni encubras, que tu lealtad será bien pagada.— No dejaré de obedecer á vuestra Majestad; y para que se entienda la publicidad que hay en el delito, y cuán á rienda suelta se van en él, y qué poco temor tienen los Abencerrajes de vuestra real persona, y cuán seguros y de asiento, por el buen predicamento en que los teneis, se están en su traicion con la demasiada confianza que tienen de las mercedes que cada día se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos; asimismo para que se entienda que odio, rencor ni envidia, no me mueve á revelar á vuestra Majestad lo que ignora, para que lo remedie, sino que soy compelido de obligacion y celo de la honra de mi rey, haga vuestra Majestad llamar á Mahandin Gomel, y á mis sobrinos Mahomad y Alhamut, que saben bien la verdad de todo, y otros cuatro primos de Mahomad Gomel, del mismo linaje, que ellos presentes contaré el caso. El rey los mandó llamar, y venidos hizo que saliesen de la sala real todos los caballeros, salvo el acusador y los testigos falsos.

Y estando todos juntos, empezó el Zegrí, mostrando en lo exterior gran pena, á decir estas palabras: « sabrá vuestra Majestad, que todos los Abencerrajes están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida; y este atrevimiento ha salido dellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con... ¡ó cielos, quién dirá esto, que el dolor no le acabe!... mi señora la reina el Abencerraje Albin Hamete, que es el mas poderoso y rico de todos los caballeros de Granada. ¿Qué quiere vuestra Majestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento? Y así generalmente el caballero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien á este linaje, porque los tienen embaucados. Bien se acor-

dará vuestra Majestad cuando en Generalife se hacia una zambra, que entró el maestre á pedir desafio, y salió Muza en la suerte; pues aquel dia paseándonos por la huerta, yo y este caballero Gomel vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la reina y al adúltero de Albin Hamete; y estaban tan embebecidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fué acia la fuente de los Laureles, y de allí adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albin Hamete cogiendo rosas blancas y rojas, y dellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza: nosotros nos llegamos con disimulacion á él, y le preguntamos en qué se entretenia; á lo cual nos dijo: en ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza la vista; y diónos dos rosas á cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra Majestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces, y no osamos, por no alborotar la corte en caso de tanto peso. Esto pasa, no debo mas á ley de caballero de decir lo que he visto y sabido: lo que siento es, que estoy con pena y recelo, no se vea privar de la vida alevosamente á vuestra Majestad. ¿Es posible que no se acuerda de aquel blason que en el espolon de la galera traía el bando Abencerraje en el dia del juego de sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letrero: *todo es poco*; de suerte que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfanje de la popa un salvaje desquijarando un leon: este sois, señor, y ellos quienes os quitan la vida. Mirad por vuestra persona: muera el adúltero alevé, y con ellos la deshonesta reina, pues así ha afrentado vuestra real corona.»

Sintió tanta pena en oír lo que el falso, alevé y traidor del Zegrí le decía, que creyéndole, se cayó amortecido en tierra por muy gran espacio de tiempo; y volviendo en sí, dió un doloroso suspiro diciendo: « ¡oh Mahoma! ¿En qué te ofendí? Este es el pago que me das por los bienes y servicios que te he hecho, por los sacrificios que te tengo ofrecidos, por las mezquitas que te tengo hechas, por la copia de incienso que he quemado en tus altares? ¡Oh traidor, cómo me has engañado! No mas traidores: vive Alá, que han de morir los Abencerrajes, y la adúltera reina ha de morir en el fuego. Vamos á la ciudad, préndase luego á la reina, que yo haré tal castigo que sea sabido por todo el mundo.» Uno de los traidores, que era Gomel, dijo: « no será acertado prender á la reina, mi señora, porque se pone vuestra real persona en contingencias de perder la vida y alborotar la ciudad, y qué tome las armas Albin Hamete con todos los de su linaje y bando, so color de defender á la reina; y esto les servirá de instrumento para conseguir el efecto de su intencion, mas siendo parciales de los Abencerrajes los Alabeces, Venegas y Gazules, que son toda la flor de Granada. Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengán á palacio uno á uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender, ya no quedará ninguno de todos ellos; y cuando se venga á saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hacer algo contra vuestra Majestad, escarmentarán en cabeza ajena, siendo en vuestro favor los Zegries, Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen á paz y á salvo de todo peligro; y esto hecho, mandar prender á la reina, acusándola de adúltera, y poner en tela de juicio el caso, siendo cuatro caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la reina señale otros cuatro caballeros que la defiendan; y si estos por su buena suerte vencieren á los acusadores, que se libre la reina; y si los defensores de la reina fueren vencidos, que muera la reina conforme á

la ley; y desta forma todos los del linaje de la reina, que son los Almoradis, y Almohades y Marines, no se alterarán viendo que va por vía de justicia, y sin altercar. Esto es lo que siento para que sea vuestra Majestad vengado, y no se altere la ciudad.— Buen consejo es, dijo el rey, y de tan leales caballeros. Y decid, ¿quién serán los cuatro caballeros que pongan la acusacion, y la sustenten en batalla contra los defensores que pusiere la reina?— No cuide deso vuestra Majestad, dijo el Zegrí, que yo seré el uno, y mi primo Mahandin el otro, y Mahandin el tercero, y su hermano Abenhamete el cuarto.— Pues vámonos á la ciudad, dijo el fácil rey, y se dará la orden que pide mi venganza.— ¡Oh desdichada ciudad, y qué revuelta y cisma se te ordena por dar crédito el mal aconsejado rey á las sirenas que le cantaban al oído!

Con esto se partieron á Granada, y en entrando en el Alhambra se fueron al palacio real, adonde la reina con sus damas le salieron á recibir; pero el rey no miró acia la reina, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se espantó la reina; y confusa se retiró á su aposento con sus damas, sin saber la causa del no usado desdén del rey, el cual pasó lo que restaba del dia con sus caballeros hasta la noche, y luego cenó y se fué á recoger, fingiendo estar indispuerto; y así todos los caballeros se fueron á sus casas. Toda aquella noche estuvo vacilando en cien mil pensamientos el desventurado rey, y sin poder reposar, y entre la máquina de confusiones, decía: « ¡oh sin ventura Abdali, rey de Granada, cuán cercana veo tu perdicion y la de tu reino! Si matas á estos caballeros, gran mal se te ordena; y si no castigas estos yerros, quedas afrentado, y te valdría mas la muerte. ¿Matarélos? Si: que fué grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mia, y tratar de matarme por alzarse con el reino. Pero di, rey mal aconsejado, ¿no sabes cuán recatada y honesta mujer tienes? ¿No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrajes, y cuán sus mortales enemigos son los Zegries, y que puede ser que por esta via pretendan venganza deste virtuoso linaje? Verifica mejor la causa, ya que determinas la venganza; pero ¿qué mas verificacion que quien lo vió? No se atreverian á levantar tal testimonio, y mas ponerse á sustentar en batalla lo que dicen: no hay duda, sino que es verdad.»

En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana se levantó; y saliendo de su dormitorio, vió en la sala muchos Zegries, Gomeles y Mazas. Y á esta sazón entró un escudero, y le dijo al rey cómo habia venido Muza de pelear con los cristianos, y traía ganadas dos banderas, y mas treinta cabezas, con lo cual se hólgo; y apartando al Zegrí le dijo que tuviese en aquel cuarto de los Leones treinta caballeros armados, y un verdugo prevenido de lo necesario para lo que estaba tratado. Luego el traidor del Zegrí salió del real palacio, y puso por obra lo que el rey le habia mandado; y estando todos muy á punto, el rey fué avisado dello, y se fué al cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegries y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al Abencerraje, su alguacil mayor. Fué un paje, y le dijo que el rey lo llamaba; y así como entró en la cuadra de los Leones, le asieron, y sin que pudiese hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fué degollado. Asimismo llamaron á Albin Hamete, el cual decian haber adulterado; y desta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes de los mas principales de Granada; sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios nuestro señor no favoreciese la causa, para que no murieran tan abatidamente, por dar crédito á un falso traidor, y sin haber mas averiguacion; y es muy cierto que sus obras no lo merecian, porque

eran muy caritativos y amigos de los pobres, y de la verdad y de los cristianos; y aun dijeron los que miraban degollar á los Abencerrajes, que llamaban á Cristo crucificado que les socorriese en aquel lance, para que no se condenasen, y que morian cristianos.

Pues para que este linaje no pereciese, ordenó Dios que un paje de un Abencerraje entró con su señor, y vió cómo le degollaron; y miró á todos los muertos que él conocia, y luego se retiró acia la puerta con mucha disimulacion; y al tiempo que abrieron para ir á llamar á otro, salió el paje muy temeroso, y llorando la muerte de su señor. Se salió del Alhambra, y junto á la fuente vió á Malique Alabéz con Abenámbar y Sarracino, que iban á hablar al rey; y como los vió, se llegó lloroso, y temblando y encogido, les dijo: « ay, señores caballeros, por Alá santo que no paseis mas adelante, si no quereis morir de mala muerte.» Alabéz dijo: « ¿cómo así? » Respondió el paje: « sabed, señor, que en el cuarto de los Leones hay muchos caballeros degollados, y todos de los Abencerrajes, y mi señor con ellos, que le vi degollar, porque entré con mi señor, que allá no fuéramos, y lo vi todo, y no repararon en mí, porque así lo permitió el santo Alá, y cuando tornaron á abrir la puerta falsa me sali, y vengo sin mi señor, y aun sin mí, por lo que mis ojos han visto: por Mahoma, que pongais remedio en aquesto.»

Muy admirados quedaron los tres caballeros, y mirándose unos á otros no sabian si darian crédito ó no á lo que el paje decía, y dijo Abenámbar: « gran traicion hay, si esto es verdad.» Dijo Sarracino: « pues ¿cómo sabremos si es cierto?— Yo os lo diré, dijo Alabéz: quedaos, señores, aquí, y si viereis salir algun caballero Abencerraje, ó de otro linaje, no le dejéis pasar adelante, sino entretenedle en tanto que voy á la casa real, y sabré lo que pasa, y volveré con brevedad.— Alá os guarde, dijo Abenámbar, aquí aguardaremos.» Malique subió al Alhambra, y al entrar por la puerta vió venir un paje del rey muy aprieta, y dijole: « adónde con tal priesa.» Respondió el paje: « á buscar un Abencerraje.— ¿Quién le llama? dijo Malique.— El rey mi señor, respondió el paje. Y si quereis hacer una buena obra, bajad á la ciudad, y avisad á todos los Abencerrajes que salgan de Granada, porque les conviene, si no quieren verse en el trance cruel que se ejecuta en el cuarto de los Leones, y quedaos en paz.»

Estando cierto y satisfecho de lo que deseaba saber, se volvió Malique adonde habia dejado á Sarracino y Abenámbar, y les dijo: « amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el paje; cierta es la traicion y muerte que se ejecuta en los Abencerrajes: todo el suceso me ha contado un paje del rey, y me dijo que diese aviso á los Abencerrajes.— ¡Válgame Alá! dijo Sarracino: que me maten, si los Zegries no andan en esta traicion; vamos á la ciudad y demos aviso para que se ponga algun remedio.— Vamos, dijo Abenámbar, que en esto no quiere haber descuidos; » y diciendo así, se bajaron todos tres á la ciudad, y antes de llegar á la calle de los Gomeles, vieron al capitán Muza, y á mas de veinte caballeros Abencerrajes de los que habian ido á la Vega á pelear con los cristianos, que iban á dar cuenta al rey de aquella jornada. Y Malique Alabéz les dijo: « caballeros, poneos en cobro, si no quereis morir por traicion; mas de treinta de vuestro linaje ha mandado el rey matar.» Los Abencerrajes espantados no respondieron, pero el valeroso Muza dijo: « por la fe de caballero, que si hay traicion, que andan en ella los Zegries y Gomeles, porque ninguno salió al rebato, ni parecen por toda la ciudad; y sin duda que están en el Alhambra con el rey, y son culpantes en las inocentes muertes destes nobles caballeros: vénganse todos conmigo, que yo pondré remedio conveniente.»

Así se volvieron con el valiente Muza á la ciudad; y en



llegando á la plaza nueva, como era capitán general, llamó á un añafil, le mandó que tocáse á recoger apriesa y él lo hizo; y oído el añafil, en un punto se juntaron muchos caballeros y soldados en casa de sus capitanes, y de allí vinieron á la plaza nueva, y se juntaron mucha gente de á pié, y también de á caballo; y aunque hubo muchos caballeros principales y de los mejores de Granada, no habían entrado entre ellos ningunos Zegries, Gomeles ni Mazas, por donde se acabaron de satisfacer sobre que los Zegries andaban en aquella traición. Cuando Alabéz vió esta gente junta, halló buena ocasión para saber la traición que se ejecutaba en los inocentes caballeros; y así puesto en medio de todos, comenzó á decir en alta voz de aquesta manera: «caballeros, señores y amigos míos, y todos los que me oís, sabed que hay gran traición: el rey Chico ha mandado degollar á muchos de los caballeros Abencerrajes, y si no fuera la traición descubierta por el santo Alá, ya estuviéramos todos degollados. Alto á la venganza, no queramos rey tirano, que así mata á los caballeros que defienden su tierra.» No había acabado Alabéz de decir estas palabras, cuando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos, apellidando toda la ciudad, y diciendo: «traición, traición, que el rey ha muerto á los Abencerrajes, muera el tirano, muera el tirano; no queremos rey traidor.»

Esta voz comenzó á divulgarse por toda la ciudad con un furor diabólico; todos tomaron armas á muy gran prisa, y comenzaron á subir al Alhambra, y en breve espacio se juntaron mas de catorce mil hombres de todas suertes y otros muchos caballeros, y mas de doscientos Abencerrajes que habían quedado, y con ellos Gazules, Venegas, Almoradí, Almohades y Azarques, y todos los demás caballeros de Granada, los cuales decían á voces: «si esto se consiente, otro día matará otro linaje de los que quedan.» Era grande la vocería y rumor que había: gritos de los hombres, alaridos de las mujeres y llorar de niños. Finalmente, estaba todo tan alborotado, que parecía quererse asolar la ciudad con armas, y anegarla en lágrimas, y todo se oía en el Alhambra; y recelando lo que era, el rey muy temeroso mandó cerrar las puertas, temiéndose por mal aconsejado en lo que había hecho, y espantado de que se hubiese descubierto tan presto aquel secreto. Llegó pues el tropel y confusion de gente al Alhambra, dando alaridos y voces, diciendo: «muera el tirano, muera;» y como vieron cerradas las puertas del Alhambra, mandaron traer fuego para quemarlas, lo cual luego fué hecho, y por cuatro ó seis partes fué puesto fuego con tanto impetu, que ya se empezaba á arder.

Y el rey Mulahazén, padre del rey Chico, como sintió tan grandísima revuelta y ruido, siendo ya bastante informado de lo que era, muy enojado contra el rey su hijo, y deseando le matasen, mandó abrir una puerta falsa del Alhambra, diciendo que él quería salir á apaciguar aquel alboroto; pero no bien fué abierta, cuando estaban mas de mil hombres para entrar por ella; y como vieron al rey viejo le alzaron en peso, y dijeron: «este es nuestro rey, y no otro: viva el rey Mulahazén;» y dejándole con buena guardia, entraron por la puerta muchos caballeros Abencerrajes, Alabeces y Gazules, con mas de cien peones. El rey mandó cerrasen la puerta falsa, y que defendiesen la entrada, porque no hubiese dentro del Alhambra mas mal del que se esperaba ver; pero poco aprovechó esta diligencia, porque la gente que había entrado era bastante á destruir cien Alhambras, y andaba por las calles diciendo: «muera el rey Chico y los demás traidores;» y con este impetu entraron en la casa real, donde vieron solo á la reina y á sus damas casi muertas, no sabiendo la causa de tan grande alboroto; y preguntando dónde estaba el mal rey, no faltó quien les dijo que en el cuarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fué allá, y vieron las puertas con fuertes cerraduras; pero

muy poco les sirvió su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegries que allí había, que defendían la entrada; y entrando los caballeros Abencerrajes, Gazules y Alabeces, viendo la mortandad de los Abencerrajes que había en aquel patio, á quien el rey había mandado degollar, se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al rey y á los traidores, no se satisficieran con que murieran degollados, sino que les buscaran mil géneros de penas para mitigar la mucha que ellos tenían; y acometieron todos á mas de quinientos Zegries, Gomeles y Mazas que estaban allí en defensa del rey, diciendo: «muera los traidores que tal traición han hecho y aconsejado;» y con ánimo furibundo dieron en ellos á cuchilladas.

Los Zegries y los de su parte se defendían poderosamente, porque estaban bien alistados de armas, y apercebidos para aquel caso; mas poco les valió todo esto, que allí los hacían pedazos, porque en menos de una hora ya tenían muertos mas de doscientos caballeros Zegries, Gomeles y Mazas, y siguiendo su porfía iban matando é hiriendo mas dellos. Allí era el ruido y vocería, allí acudía toda la gente que subía de la ciudad, y siempre diciendo: «muera el tirano y los traidores.» Fué tal la destruccion que los Abencerrajes, Alabeces y Gazules hicieron, y tal la venganza, que de todos los Zegries, Gomeles y Mazas que allí estaban no se escapó ninguno con vida. El desdichado rey se escondió, que no pudo ser descubierto. Esto hecho, los caballeros muertos los bajaron á la ciudad, y los pusieron sobre paños negros en la plaza nueva, para que toda la ciudad los viese, y se moviese á compasión viendo un tan doloroso y triste espectáculo, y la crueldad que con ellos se usó. Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto que parecía hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido había allí, no menos alboroto y llanto había en la ciudad. Todo el pueblo en comun lloraba á los muertos Abencerrajes. En particulares casas lloraban á los muertos Zegries, Gomeles y Mazas, y á otros que murieron en esta refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado se dijo este romance:

En las torres del Alhambra  
Sonaba gran vocería,  
Y en la ciudad de Granada  
Grande llanto se hacía:  
Porque sin razon el rey  
Hizo degollar un día  
Treinta y seis Abencerrajes,  
Nobles de grande valía;  
A quien Zegries y Gomeles  
Acusau de alevosía.  
Granada los llora mas,  
Con gran dolor que sentía;  
Que en perder tales varones  
Es mucho lo que perdía:  
Hombres, mujeres y niños  
Lloran tan grande perdía.  
Lloraban todas las damas,  
Cuantas en Granada había;  
Por las calles y ventanas

Mucho luto parecía.  
No había dama principal  
Que luto no se ponía,  
Ni caballero ninguno  
Que de negro no vestía;  
Sino fueron los Gomeles  
Donde la traición salía,  
Y con estos los Zegries  
Que les hacen compañía.  
Y si algún luto llevaban,  
Es por los que muerto habían  
Los Gazules y Alabeces  
Con gran valor y osadía  
En el cuarto de los Leones,  
Por vengar la villanía.  
Y si hallaran al rey Chico,  
Le privaran de la vida  
Por consentir la maldad  
Que allí cometido habían.

Volviendo ahora al sangriento y pertinaz motín de la granadina gente contra el rey y sus valedores, es de saber, que el valeroso Muza, como vió poner fuego al Alhambra, con gran presteza acudió á aplacar las furiosas llamas; y sabiendo que el rey Mulahazén su padre había mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fué á ella acompañado de gran tropa de gente, y en llegando vió al rey Mulahazén acompañado de mas de mil hombres que le guardaban, y á grandes voces decían: «viva el rey Mulahazén, al cual reconocemos por señor, y no al rey Chico, que á tan gran traición ha muerto la flor de los caballeros de Granada.» Muza dijo: «viva el rey Mulahazén, mi padre, que así lo quiere toda Granada.» Lo mismo dijeron todos los que iban con él; y diciendo esto entraron en el Alhambra y fueron á la casa real, y andándola toda no toparon al rey. De aquí fueron al cuarto de los Leones, y vieron el estrago que habían hecho los Abencerrajes, Gazules y Alabeces en los Zegries, Gomeles

y Mazas; y Muza dijo: «si traición se hizo á los Abencerrajes, bien se han vengado, aunque la traición no tiene satisfacción;» y pesándole de lo que había, salió de allí y se fué á la cámara de la reina, á la cual vió llorosa, acompañada de sus damas y de la hermosa Celima á quien Muza amaba liernamente. La temerosa reina le preguntó á Muza qué vocería era aquella que sonaba en la ciudad y en el Alhambra. «Cosas son del rey, dijo Muza, que sin mirar mas de su gusto, dió lugar, y consintió una traición notable, ejecutada en los caballeros Abencerrajes, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios, y en pago dellos hoy ha muerto á treinta y seis dentro del cuarto de los Leones. Esto es lo que el rey mi hermano, vuestro marido, ha hecho ó permitido, que se hiciese; por lo cual el reino tiene perdido, y él está, si parece, á punto de perderse, porque ya toda la gente de Granada, así caballeros como todos los demás estados, han recibido á mi padre el rey Mulahazén por rey y señor, y á esta causa anda el alboroto y motín que hay.—Santo Alá, dijo la triste y afiigida reina, ¿qué, eso pasa? ¡Ay de mí!» Y diciendo esto se cayó amortecida en los brazos de Galiana.

Todas las damas lloraban amargamente el caso doloroso que había sucedido, y lloraban á su triste reina puesta en tal calamidad. La linda Haja y la hermosa Celima se hincaron á los piés de Muza, y como quien tanto le amaba le dijo desta manera: «señor mio, que me levantaré de vuestros piés hasta que me deis palabra de hacer en este negocio tanto que quede apaciguado, y el rey vuestro hermano en su posesion como te antes; que aunque ha procurado mi amistad, no teniendo respeto á la vuestra, no se ha de formar venganza estando el enemigo caido, ni se ha de dar mal por mal, sino porque de hoy mas tengo cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; en lo que os pido recibiré de vos muy grande merced.» Fátima, que sabia el grande amor que los dos se tenían, le pidió á Muza que le concediese á Celima lo que le pedia, y que no tuviese á sus piés á la que merecía la corona del mundo. Muza, que estaba trasformado en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió á Celima, no advirtiendo que la tenía á sus piés con la hermosa Haja, las levantó del suelo, dándolas palabra de apaciguar el vulgo, y de poner al rey su hermano en la posesion del reino; con lo cual obligó á su dama á que le amase con mas estremo.

Las damas echaron agua en el rostro de la reina, y deste modo volvió en sí llorando, y Muza la consoló dándole buenas esperanzas, y se despidió della y sus damas, y fué adonde estaba su padre, y le dijo: «mandé vuestra alteza pena de muerte al que no dejare las armas, y no se sosegare.» Luego mandó el rey que se pregonase así en el Alhambra y por toda la ciudad, y Muza mandó á la gente de guerra que se aquietasen, y á todos los demás se lo rogó. Mediante esto se apaciguó el pertinaz motín y rebelion, teniendo unos intento de obedecer á Mulahazén, y otros al rey Chico. Para esto ayudaban á Muza todos los mas principales de Granada, y los linajes desapasionados, que eran Alabeces, Bencerrajes, Laugetes, Azarques, Alarifes, Aldoradines, Almoradines, Almohades y otros muchos caballeros de Granada. Desta suerte fué todo apaciguado, y Muza rogó á todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada volviese al estado en que antes estaba; que si malos consejos no dieran al rey, nunca él mandara hacer lo que se hizo. Todos los caballeros dieron palabra á Muza de no quitar la obediencia á su hermano el rey; solo los Abencerrajes, Gazules, Alabeces y Almoradines, estos cuatro linajes poderosos, no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, por lo que hizo contra los Abencerrajes en admitir el mal consejo del traidor Zegri; y era así verdad que, por dar crédito de ligero, el fácil rey aceleró el negocio; y si lo llevara por justicia, no se le siguiera la perdicion que le vino á él y á la ciudad. Por esta traición se hizo el romance siguiente:

Caballeros granadinos,  
Aunque moros hijos-dalgo,  
Con envidiosos intentos  
Al rey Chico van hablando;  
Gran traición se va ordenando.  
Diz que los Abencerrajes,  
Linaje noble afamado,  
Pretenden matar al rey,  
Y quitarle su reinado;  
Gran traición se va ordenando.

Y para emprender tal hecho,  
Tienen favor muy sobrado  
De hombres, niños y mujeres,  
Todo el granadino estado:  
Gran traición se va ordenando.  
Y á su reina tan querida  
De traición la han acusado,  
Que en Albin Abencerraje  
Tienen puesto su cuidado;  
Gran traición se va ordenando.

Desta suerte va declarando el romance la historia que se ha contado, y la traición; mas porque me aguardan otras cosas importantes no se acaba. Volviendo á Muza, que con gran diligencia procuraba aplacar los airados pechos de los mas principales caballeros y demás gente, para que volviesen á dar la obediencia al rey Chico, como antes estaba, atrajo muchos á su voluntad, salvo los cuatro linajes que hemos dicho, y algunos mas caballeros que no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, sino á la del rey Mulahazén; y así siempre hubo allí muchas diferencias entre los dos reyes, padre é hijo, hasta que se perdió Granada. Y la causa por que los Gazules, Alabeces y Aldoradines no quisieron ser de la parte del rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fué el que ya tenían tratado entre ellos de volverse cristianos y pasarse con el rey don Fernando, como adelante se dirá.

Pues como viese Muza la mayor parte de la ciudad reducida á su voluntad, para que volviese su hermano á ser obedecido y al gobierno de su reino, procuró saber adónde estaba; y supo cómo se había retirado al cerro del Sol, que hoy llaman de Santa Elena, en una mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oyó cuando decían todos: *muera el tirano y los traidores*; y visto este estrago que hacían los Abencerrajes, Gazules y Alabeces en los Zegries y Gomeles, se salió por una puerta falsa maldiciendo su ventura y el día de su nacimiento, quejándose del Zegri que le había aconsejado cometer tal traición contra tan leales caballeros. Los Zegries y Gomeles le consolaban, diciéndole que no se fatigase, que mil Zegries y Gomeles tenía de su parte, los cuales morirían en su defensa, y que el consejo no había sido malo, sino importante, si no se descubriera tan presto. Y en esto vieron venir á Muza en un caballo, y fueron á dar aviso al rey; el cual temeroso preguntó si venia de paz ó de guerra. «De paz viene, respondió un Zegri, y solo, y debe de querer hablarte.—Alá se sirva que sea por bien;» dijo el rey; por que se temia de Muza, á causa de Celima.

En esto llegó Muza, y preguntando si estaba allí el rey su hermano, le fué dicho que sí; y apeándose del caballo entró en la mezquita, y donde vió al rey acompañado de Zegries y Gomeles; y haciéndole el acatamiento que de antes solia, le dijo así: «no careces de culpa, permitiendo una maldad y traición tan grande como la que se ha usado con el mas noble y leal linaje de todo el reino. Y mirad lo que se ha seguido de su muerte: alboroto de toda la ciudad, muerte de muchos, pérdida de tu reino; y lo fuera de tu vida, si no te hubieras retirado aquí. Los reyes que han de gobernar en paz, sosiego y tranquilidad á sus vasallos, ¿son esos los alborotadores y privadores de la paz? Merecido y justo castigo es que sean desposeidos de sus reinos, y aun de las vidas. Si á caballeros leales que sirven bien das tal pago; ¿quién esperas que te sirva? Si se te había ofendido, que no creo tal, siguieras la causa por justicia, y no con violencia. ¿Qué demonio te insistió á hacer tal matanza? ¿Qué causa te movió? — Hermano, dijo el rey, ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes: sabrás que los caballeros Abencerrajes tenían determinado matarme y alzarse con el reino; y sin esto Albin Hamete, Abencerraje, adulteraba con la reina mi mujer, pues de todo tengo bastante y probada verificación; ¿parécete que aceleré en el caso?» Admirado Muza, le respondió: «no tengo yo á la reina en tal opinion, ni lo creo, ni tengo á



los Abencerrajes por caballeros que tal traicion ordenaran, porque son ejemplo de lealtad. — Pues si no lo crees, dijo el rey, preguntalo á Hamete Zegri, y á Mahandin, y á Mahandon, que están presentes, que ellos te dirán como testigos de vista. » Y los falsos refrieron á Muza lo que al rey habían dicho, lo cual no creyó, porque conocía que la reina era muy honesta y virtuosa, y así les dijo: «yo no puedo persuadirme á que eso sea así, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido. — Pues nosotros, dijo Mahandon, lo sustentaremos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir. » Y enojado Muza, dijo: «pues aunque no sea sino por honra de mi hermano el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrajes, pues os preferís á sustentar con las armas la acusacion que poneis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habeis de morir ó quedar desmentidos; y si me fuera licito, yo solo habia de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrajes, porque clara y manifiestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impidelo la paz que ando buscando. »

Los Zegries comenzaron á alborotarse, diciendo que ellos eran caballeros, y lo que habían dicho lo sustentarian en campo armados á los cuatro caballeros. «Eso se verá presto, » dijo Muza; y dijo al rey: «vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: solo quedan cuatro linajes de caballeros que no os quieren dar obediencia, sino á nuestro padre: pasen algunos dias, que yo los compondré. Y vosotros, Zegries y Gomeles, advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes, de vuestros linajes hay mas de cuatrocientos caballeros muertos; mirad si ha sido granjeria la que habeis hecho. Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto de los Leones, y dadles sepultura, que así han hecho los Abencerrajes á todos sus deudos, muertos sin culpa. » Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí? — Quien te vió venir, dijo Muza. »

Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegries llevaron los cuerpos muertos á sus casas, y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algun escándalo; y en todo aquel día no se oía en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda, y mandó que no dejasen entrar á nadie en todo aquel día; lo cual se cumplió todo así, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encierro, pues le habia enviado á decir Muza que no tuviese pena, que el rey volveria á su silla.

#### CAPITULO XIV.

En que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusacion á la reina y á los Abencerrajes, y cómo la reina fué presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demás que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitán Muza, habiéndose pasado aquel día tan memorable para Granada, luego el día siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y así se juntaron todos los mas principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y en entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando que el rey saliese de su aposento: el cual, como supo que estaba allí Muza y los demás caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla real, mirando á todos les dijo:

«Muy leales y verdaderos vasallos, amigos míos, bien

sé que habeis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movia, y sin escandalizaros; pero á veces la cólera ciega la razon, de modo que no da lugar á la consideracion con el deseo de la venganza. Alá os guarde de rey injuriado, que no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfaccion de mi poca culpa y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, habeis de saber, ó nobles granadinos, que los famosos Abencerrajes, de cuya fama el mundo está lleno, habian conspirado y hecho conjuracion para privarme del reino y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso con informacion bastante, por donde son dignos de muerte, y mas. Albin Hamete, Abencerraje, violó mi honra con mancha de adultero, tratando con la reina sultana, mi mujer, de deshonestos y secretos amores, aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos; y en esta sala hay caballeros testigos de vista que lo dirán y sustentarán, y á esta causa se ejecutó ayer lo que visteis, queriendo por mi mano tomar venganza de tan enorme injuria y deshonra; y si no se descubriera tan presto mi intento, no hay duda, sino que no fuera ya vivo ningun Abencerraje; mas mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa solo por el alboroto de la ciudad, y por haber muertes de nobles y leales caballeros á manos de los Abencerrajes vivos y de los Gazules; y la sangre de los Zegries y Gomeles vertida por mi causa pide justissima venganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y ahora doy por sentencia, que los Abencerrajes, que son culpados en esto, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados á mi real cámara, para que dellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaldes, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuvieren hijos varones, los envíen á criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina sultana, mi mujer, mando que los caballeros que han de poner la acusacion la pongan luego; y puesta, sea presa, hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer: ahora considere cada uno la causa por suya, y juzgue lo que haria, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame. »

Dichas estas palabras por el rey, todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros, y admirados de todo aquello que el rey les habia dicho, no sabian qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey, no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrajes, como ni á lo de la reina, y luego entendieron ser traicion; y así los caballeros Almoradis, Almohades, y otros que eran parientes de la reina sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comunicacion, y al cabo de una pieza que el rey aguardaba respuesta, se levantó un caballero Almoradí, tio de la reina, y respondió, diciendo: «ateutos hemos estado, rey Abdali, á tus razones, con las cuales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque, en lo que has hablado, manifiestamente parece ser averiguada traicion, así en lo que toca á los caballeros Abencerrajes como en lo de la reina; porque los Abencerrajes son nobles, y en ellos no puede haber traicion, ni tal dellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las cuales tú y tu reino habeis resplandecido; y si ahora las mandas desterrar, tu reino de hoy en mas lo puedes dar por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; cuanto y mas,

que aunque tú los destierres, si ellos con su gusto y voluntad no se quieren salir de Granada, no los puedes tú hacer fuerza, atento que no eres rey supremo por ser vivo tu padre, el cual estima mucho á este linaje. Si no me crees, mira tu palacio, y verás cómo en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines y Venegas, parece estar solo y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos estos y otros muchos, por ser amigos de los Abencerrajes, pues la plebe ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de cierto que si el amor dellos levantara bandera contra tí, te echaran del reino en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Repórtate, rey mal aconsejado, y no te ciegue la cólera, y en lo que dices de la reina, que ha sido adúltera, es falso; es matrona ilustre y honesta, y se debe tener y estimar en mucho; y si contra ella te nieves ó alteras, los Almoradis, Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu padre; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina sultana, miente y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere. »

El traidor Zegri, Mahandin Gomei, Mahandon y Abenhamete con saña se levantaron y dijeron, que lo que ellos decían era verdad, y quien lo contradecía mentira. Los Almoradis se alzaron poniendo mano á las armas; todos los Zegries y Gomeles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real; mas los caballeros Azárques y Alarifes, Muza, Sarraçino, Reduán y el mismo rey, obraron tanto, que no los dejaron juntar, antes los aquietaron é hicieron sentar; y estando sosegados dijo estas razones Muza: «señores caballeros, yo querria que se pusiese la acusacion á la reina, y que por ella sea presa, pues confio en Alá que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir ó retractarse de lo dicho, de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linaje; para lo cual salga aquí la reina, responda por sí, y dé y señale caballeros que la defiendan. »

A todos pareció bien lo que Muza dijo, y así fué llamada la reina Sultana, la cual fué acompañada de sus damas, y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores; y antes que la reina se sentase en su estrado le dijo Muza: «hermosa Sultana, hija del famoso Moraizél, y de nacion Almoradí por descendencia del padre, y Almohades por la madre, descendientes de los reyes de Marruecos: sabrás, reina de Granada, por tu daño, cómo en esta sala hay caballeros que pongan dolo en tu castidad, diciendo que no has guardado las leyes conyugales, como era razon, á tu marido el rey; antes dicen que has adulterado y hecho traicion con Albin Hamete, Abencerraje; por lo cual ayer fué degollado con los demás Abencerrajes que murieron. Si esto es así, lo cual todos nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfaccion de tu bondad, virtud y castidad, has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto da razon de tí, para que no haya mas escándalo del que por tu causa ha habido; y si no le das, cual conviene á tu honor y al de tu marido, morirás quemada conforme á nuestras leyes: yo te lo he dicho, no por ofenderte, sino para que repares con tiempo la defensa y lo que te conviene, que por mi parte seré en tu favor y en todo lo que pudiere, como lo verás. »

Con esto calló Muza, y se sentó aguardando que la reina respondiese. La cual, como oyó lo que Muza le habia dicho, miró á todos los caballeros de la sala; y como los vió callar, tuvo por verdad lo que al pronto habia escuchado por donaire y juego; y reparándose un poco, sin mudarse la color de su hermoso rostro, ni hacer mudanza mujeril, respondió desta suerte: «cualquiera que en mi honestidad pura, limpia y casta pusiere alguna falta, miente, y no es caballero, sino villano, vil y de bajos pensa-

mientos, mestizo, infame y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusacion que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre: jamás con pensamiento ni obra hice ofensa al rey mi marido, ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni después; ora sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y novedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir: que confio en el santísimo Alá que ha de volver por mi casta limpieza y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alá se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre deste testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera. » Diciendo esto comenzó á llorar, y con ella todas sus damas; de tal manera, que á todos los caballeros que la oían movia á muy grande compasion y lástima.

Lindaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlúcar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habian muerto sin culpa á su querido padre, y pues desterraron á los Abencerrajes, que ella se queria desterrar, por no ver las tiranías y crueldades que cada día se hacian, y mas el testimonio que á su Alteza se levantaba; que no diese lugar que ella presenciara aquellos dolores tan acerbos; y que cuando la honra de la reina padecia, no estaba segura la de sus damas, dueñas y doncellas. La reina la abrazó llorando, y quitándose del cuello la cadena que el maestre la dió el día de la sortija, dijo: «toma, amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles y leales; pero ya, por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino de males; dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella: que ausente de la corte yo sé que la tendrás. » Y diciendo esto la apretó entre sus brazos, regándole su hermoso rostro con lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus ojos en abundancia. Aquí se aumentó el llanto de todas las damas, porque las iba abrazando y despidiéndose de todas.

Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayudar con lágrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradis y Almohades y otros de su parcialidad se salieron llorando de la sala, diciendo: «Abdali, rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aquí adelante. » Lindaraja, despidiéndose del rey, se salió de palacio, y acompañada de su madre y de algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro día se partió para Sanlúcar, y Gazul en su compañía, que era el que la servia, como ya se ha dicho, y adelante se tratará dellos mas largamente.

Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusacion de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosamente su deshonra, y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegri que pusiese la acusacion, y él se levantó y dijo: «por la honra de mi rey, y volviendo por ella, como debo, digo que la reina Sultana es adúltera, y que yo y Mahandin la vimos en Generalife, debajo de un rosal, que está junto á la fuente grande, estar en lascivas concupiscencias con Albin Hamete, Abencerraje; lo cual sustentaremos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa. » A esto respondió la reina: «mientes, como traidor infame, falso, tú y todos vosotros; yo fio en el poderoso Alá que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro. » El rey dijo: «Sultana, dentro de treinta dias habeis de dar caballeros que os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme